

NUEVOS COLEGIALES

El sábado 28 de marzo, a las siete y media de la noche, se realizó en el Aula Máxima del claustro, la solemne recepción de los nuevos colegiales, señores don Luis Francisco García, don Luis Alberto Castellanos, don Daniel Restrepo, don Carlos Julio García, don Emilio Arias Mejía, don Arturo Salazar, don José María Restrepo Millán, don Alberto Holguín Lloreda y don José Antonio Gutiérrez Ferreira.

Presidió el señor Rector, acompañado en el solio por el señor Vicerrector y el consiliario señor Ucrós; estuvieron presentes varios catedráticos, otros caballeros invitados y toda la comunidad de alumnos internos.

Las imponentes y tradicionales ceremonias se cumplieron con toda gravedad y decoro: la entrada de los candidatos al aula; la profesión de la fe; el cuádruple juramento; la entrega de los diplomas y escudos; el abrazo de paz y amistad de los antiguos colegiales.

El señor Rector en calurosas frases recordó las grandezas del escudo, insignia del Colegio del Rosario. Lo llevaron héroes como Guzmán el Bueno y los caballeros de Calatrava, que libraron a España de la dominación sarracena; sabios como Alberto Magno y Santo Tomás; el primer orador de la Edad Media, que fue San Vicente Ferrer; el primer orador sagrado de los tiempos modernos, que es Lacordaire. Ese escudo brilló en el pecho de los fundadores, guerreros y mártires de la patria colombiana. El título y carácter de colegial del Rosario es la honra mayor a que puede aspirar un joven colombiano; y aun los adultos lo estimamos en más que otras cruces y condecoraciones.

Después el señor Rector dijo los deberes que la codiciada dignidad impone para con el colegio, con la república y con la Iglesia.

El señor don Luis Francisco García agradeció en su nombre y en el de sus colegas la merced recibida, en los siguientes términos:

"Señor Rector :

Bien sabido de todos está que hoy, al presentarnos en este recinto venerando, donde nos han precedido muy ilustres varones, para ser recibidos colegiales de este gloriosísimo instituto, venimos únicamente por la bondad de nuestros superiores y no porque tengamos méritos para ello; pero si no hay proporción posible, ni puede haberla, entre la magnitud de la dádiva y la pequeñez de los que la recibimos, nosotros trataremos de borrar la desproporción, contrapesando la generosidad con el agradecimiento, porque aunque traemos las manos vacías de obras llegan en cambio nuestros corazones rebozantes de gratitud.

Nos refieren las antiguas leyendas que cuando un individuo era armado caballero las personas que tal merced le hacían le entregaban un escudo y una lanza, y en un libro muy antiguo le leían ciertas fórmulas, alumbrados por los vivos destellos de una antorcha de resinas perfumadas. Hoy, aunque parezca inverosímil, se renueva aquí una de esas viejas escenas: somos armados caballeros del Rosario; se nos da un escudo inmaculado, el de Calatrava; la cruz que en él se destaca simboliza que somos soldados de Cristo, cuya religión hemos jurado defender. La sagrada promesa que hemos hecho de respetar la constitución de la república será lanza formidable con que saquemos adelante los fueros del bien y de la equidad, haciendo aplicar las leyes para mérito de los buenos ciudadanos y para baldón de los perversos. En el libro viejo de la historia se nos han leído las hazañas de los antiguos colegiales del Rosario, quienes supieron poner muy en alto el nombre del Colegio y siempre con energía defendieron los estatutos que nosotros prometemos acatar. Ese libro nos señala las huellas que debemos seguir para encontrar el camino verdadero, iluminados con la vivísima antorcha de las sublimes enseñanzas del Angélico Doctor que, vos, señor Rector, habéis infundido en nuestras mentes; llevando por guías los ejemplos del mejor

de los amigos, y animados por los sabios consejos del que ha querido ser nuestro segundo padre.

Con tal magnificencia armados, nos sentimos potentes para emprender las luchas de la vida, abriarnos paso entre los enmarañados caminos del mundo y llegar a la cumbre donde se hallan los colegiales que ya han ceñido sus frentes con los laureles de la ciencia y la virtud.

Muy seguros nos hallamos de que, con la poderosa ayuda de la que es Reina y Señora de estos claustros, nunca se dirá mal de este felicísimo y memorable día en que somos recibidos colegiales, porque siempre hemos de llevar la conciencia tranquila ante el deber cumplido; porque los labios siempre dirán lo que brilla en nuestras mentes y palpita en nuestros pechos; y porque estamos dispuestos a ofrendar nuestras existencias en pro de la verdad y la justicia, en defensa de la religión y de la patria.

De esta manera, cuando llegue el término de la jornada, queremos que se pueda decir de cada uno de nosotros: Peleó la buena batalla, la batalla del Señor; era colegial del Rosario y nunca manchó su escudo."

Al recuerdo inmortal

DE DON PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

I

Arabe por la estampa; castellano
Por el temple viril y peregrino;
Por tu cuna y tu ingenio, granadino;
Fuiste español y, como tal, cristiano.

Con recio pulso gobernó tu mano
—Diestra de caballero cervantino—
La espada por la Cruz, a lo divino;
La pluma, a lo divino y a lo humano.

Moriste... Pero no. Que aún en Castilla
La noble estrella de tu numen brilla
Como la luz del faro sobre el puerto.